

Confesión de fe en perspectiva menonita

Declaración resumida

1. Creemos que Dios existe y que le agradan todos los que se le acercan por la fe. Adoramos al único Dios santo y de amor, que es Padre, Hijo y Espíritu Santo. Creemos que Dios ha creado todas las cosas visibles e invisibles, ha traído salvación y vida nueva a la humanidad por medio de Jesucristo, y sostiene activamente a la iglesia y a todas las cosas hasta el fin del tiempo.

2. Creemos en Jesucristo, la Palabra de Dios hecha carne. Él es el Salvador del mundo, que nos ha librado del dominio del pecado y reconciliado con Dios mediante su muerte en una cruz. Fue declarado Hijo de Dios mediante su resurrección de entre los muertos. Él es la cabeza de la iglesia, el Señor exaltado, el Cordero que fue inmolado, que volverá para reinar con Dios en gloria.

3. Creemos en el Espíritu Santo, el Espíritu eterno de Dios, quien habitó en Jesucristo, da poder a la iglesia, es la fuente de nuestra vida en Cristo, y ha sido derramado sobre los que creen, como garantía de la redención.

4. Creemos que toda Escritura es inspirada por Dios por medio del Espíritu Santo para instrucción en la salvación y adiestramiento para la justicia. Aceptamos las Escrituras como Palabra de Dios y como metro plenamente seguro y fiable para la fe y la vida cristianas. Guiados por el Espíritu Santo en la iglesia, interpretamos las Escrituras en armonía con Jesucristo.

5. Creemos que Dios creó los cielos y la tierra y todo lo que en ellos hay, y que Dios conserva y renueva lo que ha sido creado. Toda la creación viene de una fuente externa a sí misma y pertenece a su Creador. El mundo fue creado bueno porque Dios es bueno y provee todo lo que es necesario para la vida.

6. Creemos que Dios ha creado a los seres humanos a la imagen divina. Dios los formó del polvo de la tierra y les dio una dignidad única entre todas las obras de la creación. Los seres humanos han sido creados para relacionarse con Dios,

para vivir en paz unos con otros, y para cuidar del resto de la creación.

7. Confesamos que, empezando con Adán y Eva, la humanidad ha desobedecido a Dios, ha cedido ante el tentador y ha optado por el pecado. Nadie ha alcanzado la intención del Creador, en todos se ha empañado la imagen de Dios con que fueron creados. Todos han atentado contra el orden en el mundo y puesto límites a su amor por los demás. Por causa del pecado, la humanidad ha sido entregada a la esclavitud de los poderes del mal y de la muerte.

8. Creemos que, por medio de Jesucristo, Dios ofrece salvación del pecado, y una nueva manera de vivir. Recibimos la salvación de Dios cuando nos arrepentimos y aceptamos a Jesucristo como Salvador y Señor. En Cristo somos reconciliados con Dios e integrados en la comunidad reconciliadora. Confiamos en Dios que, por el mismo poder que levantó a Cristo de entre los muertos, es posible ser salvados del pecado para seguir a Cristo y conocer la plenitud de la salvación.

9. Creemos que la iglesia es la asamblea de los que han aceptado la salvación por fe en Jesucristo que ofrece Dios. Es la nueva comunidad de discípulos enviada por todo el mundo para proclamar el reino de Dios y para servir como anticipo de la esperanza gloriosa de la iglesia. Es la nueva sociedad establecida y sustentada por el Espíritu Santo.

10. Creemos que la misión de la iglesia es proclamar el reino de Dios y ser una señal del reino de Dios. Cristo ha comisionado a la iglesia para hacer discípulos de todas las naciones, bautizándolos y enseñándoles a observar todas las cosas que ha mandado.

11. Creemos que el bautismo de creyentes con agua es una señal de ser lavados del pecado. El bautismo es también una señal ante la iglesia de su pacto con Dios para andar en el camino de Jesucristo gracias al poder del Espíritu Santo. Los

que creen se bautizan en Cristo y en su cuerpo por medio del Espíritu, el agua y la sangre.

12. Creemos que la Cena del Señor es una señal por la que la iglesia recuerda con gratitud el nuevo pacto que Jesús estableció al morir. Al comer y beber en esta comunión, la iglesia renueva su pacto con Dios, y unos con otros, y participa en la vida y muerte de Jesucristo, hasta que él vuelva.

13. Creemos que al lavar los pies de sus discípulos, Jesús nos llama a servirnos unos a otros en amor como lo hizo él. De esta manera reconocemos nuestra necesidad frecuente de limpieza, renovamos nuestra disposición a deshacernos del orgullo y del poder mundanal, y ofrecemos nuestras vidas en servicio humilde y amor sacrificado.

14. Cultivamos la disciplina en la iglesia como señal de la gracia transformadora que nos ofrece Dios. La intención de la disciplina es librar del pecado a los hermanos y hermanas cuando yerran, y restaurarles a una relación correcta con Dios y a la comunión de la iglesia. Cultivar la disciplina brinda integridad al testimonio de la iglesia en el mundo.

15. Creemos que el ministerio es una continuación de la obra de Cristo, quien da dones por medio del Espíritu Santo a todos los creyentes y los capacita para servir en la iglesia y en el mundo. También creemos que Dios llama a ciertas personas en particular a ejercer ministerios y funciones específicas como líderes. Todos los que ministran han de dar cuentas a Dios y a la comunidad de fe.

16. Creemos que la iglesia de Jesucristo es un cuerpo con muchos miembros, dispuesto de tal forma que, mediante un único Espíritu, los creyentes puedan ser edificados espiritualmente a manera de morada de Dios.

17. Creemos que Jesucristo nos llama al discipulado, a tomar nuestra cruz y seguirle. Por medio del don de la gracia salvadora de Dios, recibimos la potestad de ser hechos discípulos de Jesús, llenos de su Espíritu, siguiendo sus enseñanzas y su camino a una vida nueva a través del sufrimiento. A medida que somos consecuentes con su manera de vivir, nos vamos conformando a Cristo y separando del mal que hay en el mundo.

18. Creemos que quien es discípulo de Jesús goza de vida en el Espíritu. A medida que la vida,

muerte y resurrección de Jesucristo nos da forma, vamos creciendo en la imagen de Cristo y en nuestra relación con Dios. El Espíritu Santo está activo en la adoración personal y de la comunidad, llevándonos a una experiencia cada vez más profunda de Dios.

19. Creemos que la intención de Dios es que la vida humana nazca en familias y sea bendecida mediante familias. No sólo esto, sino que Dios desea que todas las personas lleguen a ser parte de la iglesia, que es la familia de Dios. A medida que los miembros solteros y casados de la familia que es la iglesia dan y reciben sustento y salud, las familias pueden crecer hacia la integridad que es la voluntad de Dios para ellas. Dios nos llama a la castidad y a la fidelidad matrimonial en amor.

20. Nos comprometemos a decir la verdad, a responder con sencillez sí sí o no, y a evitar el jurar y juramentar.

21. Creemos que todo pertenece a Dios, quien llama a la iglesia a vivir como administradores fieles de todo lo que Dios nos ha encomendado, y a participar ahora en el descanso y la justicia que Dios ha prometido.

22. Creemos que la voluntad de Dios es que haya paz. Dios creó el mundo en paz, y la paz de Dios ha sido revelada plenamente en Jesucristo, quien es nuestra paz y la paz del mundo entero. Guiados por el Espíritu Santo, seguimos a Cristo en el camino de la paz, haciendo justicia, trayendo reconciliación y practicando la no violencia, incluso allí donde hay violencia y guerra.

23. Creemos que la iglesia es la nación santa de Dios, llamada a una lealtad absoluta a Cristo su cabeza, testificando del amor salvador de Dios a toda nación, todo gobierno y toda sociedad.

24. Nuestra esperanza está en el reino de Dios y su cumplimiento aquel día cuando Cristo volverá en gloria para juzgar a los vivos y a los muertos. Él reunirá a su iglesia, que vive ya bajo el reinado de Dios. Aguardamos la victoria final de Dios, el fin de esta presente era de conflictos, la resurrección de los muertos, y un nuevo cielo y una nueva tierra. Allí el pueblo de Dios reinará juntamente con Cristo en justicia, rectitud y paz por toda la eternidad.

Confesión de fe en perspectiva menonita

Artículo 1. Dios

Creemos que Dios existe y que le agradan todos los que se le acercan por la fe¹. Adoramos al único Dios santo y de amor, que es eternamente Padre, Hijo y Espíritu Santo². Creemos que Dios ha creado todas las cosas visibles e invisibles, ha traído salvación y vida nueva a la humanidad por medio de Jesucristo, y sostiene activamente a la iglesia y a todas las cosas hasta el fin de los siglos.

Empezando con Abraham y Sara, Dios llamó para sí un pueblo de fe que adorara tan sólo a Dios, que testificara sobre los propósitos divinos para los seres humanos y para toda la creación, y que amase a su prójimo como a sí mismo³. Nos hemos unido a este pueblo por la fidelidad de Jesucristo y al confesarle como Salvador y Señor, impulsados por el Espíritu Santo⁴.

Reconocemos humildemente que Dios sobrepasa con creces la comprensión y el entendimiento humanos⁵. También reconocemos con gratitud que Dios ha hablado a la humanidad y se ha relacionado con nosotros de diversas maneras. Creemos que Dios ha hablado sobre todo en el Hijo único, la Palabra que se hizo carne y reveló la naturaleza y el carácter divinos⁶.

La gloria sobrecogedora de Dios y su compasión permanente son perfectas en su amor santo. El poder soberano de Dios y su misericordia sin fin son perfectos en su amor todopoderoso. El conocimiento que tiene Dios de todas las cosas y su cuidado de la creación son perfectos en su amor sustentador. La gracia abundante de Dios y su ira contra el pecado son perfectos en su amor justo. La disposición de Dios a perdonar y su poder para transformar son perfectos en su amor redentor. La justicia ilimitada de Dios y su paciencia continua con la humanidad son perfectas en su amor sufrido. La libertad infinita de Dios y su entrega constante de sí mismo son perfectas en su amor fiel⁷. ¡Al único y santo Dios, tres en uno, que nunca cesa de amar, sea gloria por los siglos de los siglos!

Citas bíblicas:

1. Éx. 3.13-14; Heb. 11.6.
2. Éx. 20.1-6; Deut. 6.4; Mat. 28.19; 2 Cor. 13.13[14].
3. Gén. 12.2-3; Lev. 19.18; Rom. 4.11-25; 1 Ped. 3.9-11.
4. Gál. 2.20; Rom. 3.22.
5. Éx. 3.13-14; Job 37; Isa. 40.18-25; Rom. 11.33-36.
6. Juan 1.14, 18; Heb. 1.1-4.
7. Éx. 20.4-6; 34.4-7; Sal. 25.4-10; Isa. 6; 54.10; Mat. 5.48; Rom. 2.5-11; 3.21-26; 1 Juan 4.8, 16

Artículo 2. Jesucristo

Creemos en Jesucristo, la Palabra de Dios hecha carne. Él es el Salvador del mundo, que nos ha librado del dominio del pecado y reconciliado con Dios al humillarse y hacerse obediente hasta la muerte en una cruz.¹ Fue declarado Hijo de Dios mediante su resurrección de entre los muertos.² Él es la cabeza de la iglesia, el Señor exaltado, el Cordero que fue inmolado, que volverá para reinar con Dios en gloria. «Nadie puede poner otro fundamento que el que está puesto, el cual es Jesucristo».³

Confesamos a Jesús como el Cristo, el Mesías, por medio del cual Dios ha preparado un pacto nuevo para todos los pueblos. Nacido de la simiente de David, Jesucristo cumple las promesas mesiánicas hechas por medio de Israel.⁴ Como profeta, él ha proclamado la llegada del reino de Dios y ha llamado a todos a arrepentirse. Como

maestro de sabiduría divina, ha dado a conocer la voluntad de Dios en cuanto a la conducta humana. Como fiel sumo sacerdote, ha hecho expiación terminante por el pecado y ahora intercede por nosotros. Como rey que escogió el camino de la cruz, ha revelado la naturaleza servicial del poder divino.⁵

Aceptamos a Jesucristo como el Salvador del mundo.⁶ En su ministerio de predicación, enseñanza y sanidad, él proclamó perdón de pecados y paz para los que estaban cerca y los que estaban lejos.⁷ Al reunir discípulos que le siguiesen, dio comienzo a la nueva comunidad de fe.⁸ En su padecimiento, amó a sus enemigos y no resistió con violencia contra ellos, dejándonos así un ejemplo a seguir.⁹ Al derramar su sangre en la cruz, Jesús ofreció su vida al Padre, cargó con los pecados de todos, y nos reconcilió con Dios.¹⁰ Entonces Dios le levantó de entre los muertos, conquistando así

la muerte y desarmando las potestades del pecado y del mal.¹¹

Reconocemos a Jesucristo como el único Hijo de Dios, la Palabra encarnada de Dios. Fue concebido del Espíritu Santo y nació de la Virgen María. Al ser plenamente humano y tentado igual que nosotros pero sin pecar, él es el prototipo de lo que es ser humano.¹² Al ser plenamente divino, es en él que la plenitud de Dios tuvo a bien habitar. Durante su vida terrenal, Jesús mantuvo una relación de intimidad con su Abba celestial y enseñó a sus discípulos a orar «Abba, Padre».¹³ Él es la imagen del Dios invisible, y «todas las cosas fueron creadas por él y para él, porque él es antes que todas las cosas».¹⁴

Nos sometemos a Jesucristo como cabeza de la iglesia, su cuerpo.¹⁵ Como miembros de su cuerpo, estamos en Cristo y Cristo vive en nosotros. Potenciada por esta relación de intimidad con Cristo, la iglesia da continuidad a su ministerio de misericordia, justicia y paz en un mundo abatido.¹⁶

Adoramos a Jesucristo como aquel a quien Dios ha exaltado y hecho Señor sobre todas las cosas. Él es Señor nuestro y es Señor del mundo aunque éste todavía no le reconozca. Vivimos en

la certeza de su regreso como aquel por quien toda la humanidad será juzgada. Él es aquel quien será reconocido como Señor de todo y de todos, es el Cordero quien reinará eternamente y para siempre.¹⁷

Citas bíblicas:

1. Fil. 2.5-8.
2. Rom. 1.4.
3. 1 Cor. 3.11.
4. 2 Sam. 7.13-14; Isa. 9.1-6; Rom. 1.3, 2 Cor. 6.18.
5. Isa. 42.1-9; Mat. 4.17; Luc. 4.43s.; Mat. 5.7; Heb. 2.17; 1 Ped. 3.18; Rom. 8.34; Heb. 7.25; Juan 18.36-37; Apoc. 5.8-14; 7.17.
6. Hech. 4.12; 1 Juan 4.14.
7. Ef. 2.13-22.
8. Mar. 3.13-19.
9. Mat. 26.50; 1 Ped. 2.21-23.
10. Luc. 23.46; Rom. 5.18; 2 Cor. 5.19.
11. Col. 2.15; Ef. 1.20-21.
12. Heb. 4.15; Rom. 5.14-21; 1 Ped. 2.21.
13. Mar. 14.36; Mat. 6.9-13; Rom. 8.15; Gál. 4.6.
14. Col. 1.15-17, 19.
15. Ef. 1.22-23.
16. Col. 1.24.
17. Hech. 17.31; Fil. 2.11; Apoc. 5.12-14.

Artículo 3. El Espíritu Santo

Creemos en el Espíritu Santo, el Espíritu eterno de Dios, quien habitó en Jesucristo, da poder a la iglesia, es la fuente de nuestra vida en Cristo, y ha sido derramado sobre aquellos que creen, como garantía de nuestra redención y de la redención de la creación.

Es por medio del Espíritu de Dios que fue creado el mundo, fueron inspirados los profetas y los que escribieron las Escrituras, fueron capacitados para ello los que siguieron la ley de Dios, concibió María, y fue ungido Jesús cuando su bautismo.¹ Es por el poder Del Espíritu Santo que Jesús proclamó las buenas noticias del reino de Dios, sanó a los enfermos, aceptó la muerte en la cruz, y fue resucitado de entre los muertos.

Cuando Pentecostés, Dios empezó a derramar su Espíritu sobre toda carne y a reunir la iglesia de entre muchas naciones.² Como morada del Espíritu Santo, la iglesia alaba y adora a Dios y produce el fruto del Espíritu. Por los dones del Espíritu Santo, todos los cristianos han de desempeñar cada uno su ministerio particular. Por la guía del

Espíritu Santo, la iglesia alcanza la unidad en doctrina y acción. Por el poder del Espíritu Santo, la iglesia predica, enseña, da testimonio, sana, ama y sufre, siguiendo el ejemplo de Jesús su Señor.

El Espíritu Santo llama a las personas al arrepentimiento, convence de pecado, y guía hacia el camino de justicia a los que se abren a la obra del Espíritu.³ Las Escrituras nos instan a someternos al Espíritu, a no resistir ni apagar el Espíritu.⁴ Por el agua y por el Espíritu, hemos nacido de nuevo en una familia de Dios. El Espíritu mora en cada hijo de Dios, trayéndonos a una relación con Dios. Gracias al Espíritu que mora en nosotros, hemos sido constituidos coherederos con Cristo si es que padecemos juntamente con él, para que seamos también glorificados juntamente con él.⁵ El Espíritu nos enseña, nos recuerda la palabra de Jesús, nos guía a toda verdad, nos da poder para hablar la palabra de Dios con audacia.⁶

El Espíritu Santo hace posible nuestra vida en comunidad Cristiana, nos consuela en el sufrimiento, está presente con nosotros cuando padecemos persecución, intercede por nosotros en

nuestra debilidad, garantiza la redención de nuestros cuerpos, y certifica la redención de la creación en el futuro.⁷

Citas bíblicas:

1. Sal. 104.30; Miq. 3.8; Eze. 36.26-27; Luc. 1.35; 3.22.

2. Joel 2.28-29; Hech. 2.16-18.

3. Juan 16.8-10.

4. Isa. 63.10; Hech. 5.3; Ef. 4.30; 1 Tes. 5.19.

5. Juan 3.5; Rom. 8.14-17.

6. Juan 14.26; 16.13; 1 Cor. 2.14; Hech. 4.24-31.

7. Mat. 10.20; 2 Cor. 5.5; Rom. 8.26-27; Ef. 1.13-14; Rom. 8.18-23.

Artículo 4. Las Escrituras

Creemos que toda Escritura es inspirada por Dios por medio del Espíritu Santo para instrucción en la salvación y adiestramiento para la justicia. Aceptamos las Escrituras como Palabra de Dios y como metro plenamente seguro y fiable para la fe y la vida cristianas. Procuramos comprender e interpretar las Escrituras en armonía con Jesucristo, guiados por el Espíritu Santo en la iglesia.

Creemos que Dios estuvo activo a través de los siglos en el proceso por el que los libros del Antiguo Testamento y del Nuevo fueron inspirados y escritos.¹ Por el Espíritu Santo, Dios impulsó a testigos humanos para que escribiesen lo que es necesario para la salvación, para la guía en fe y vida, y para la devoción a Dios.²

Aceptamos la Biblia como la Palabra de Dios escrita. Dios ha hablado de muchas y diversas maneras por los profetas y los apóstoles.³ Dios ha hablado sobre todo en la Palabra viva que se hizo carne y reveló la verdad de Dios fielmente y sin engaño.⁴ También reconocemos que la Escritura es la Palabra de Dios plenamente fiable y segura, escrita en lenguaje humano.⁵ Creemos que Dios sigue hablando mediante la Palabra viva y escrita.⁶ Puesto que Jesucristo es la Palabra hecha carne, la Escritura en su totalidad tiene en él su centro y cumplimiento.⁷

Reconocemos que la Escritura es la fuente y la norma con autoridad para la predicación y enseñanza sobre la fe y la vida, para distinguir entre la

verdad y el error, y para guiar la oración y el culto. Otras fuentes para entender la vida y la fe cristianas, tales como la tradición, la cultura, la experiencia, la razón, y los poderes políticos, han de ser puestas a prueba y corregidas a la luz de las Sagradas Escrituras.⁸

La Biblia es el libro esencial de la iglesia. Por medio de la Biblia, el Espíritu Santo nutre la obediencia a Jesucristo por fe y guía a la iglesia dando forma a su enseñanza, su testimonio y su culto. Nos comprometemos a perseverar y gozarnos en la lectura, el estudio y la meditación de las Escrituras.⁹ Participamos en la tarea que corresponde a iglesia, de interpretación de la Biblia y discernimiento de lo que Dios dice en nuestro día, examinando todas las cosas a la luz de la Escritura.¹⁰ Los descubrimientos y la forma de entender que traemos al abordar la interpretación de la Escritura han de ser puestas a prueba en la comunidad de fe.

Citas bíblicas:

1. Jer. 30.2; Jer. 36; 2 Tim. 3.16.

2. 2 Ped. 1.21.

3. Éx. 20.1; Jer. 1.9-10; Gál. 1.11-12; Heb. 1.1-4.

4. Juan 1.14, 18; Apoc. 19.13.

5. Prov. 30.5; Juan 10.35.

6. Isa. 55.10-11; Juan 20.31.

7. Mat. 5.17; Luc. 24.27; Hech. 4.11.

8. Mar. 7.13; Hech. 5.29-32; Col. 2.6-23.

9. Sal. 1.2; 1 Tim. 4.13; 2 Tim. 3.15-17.

10. Hech. 15.13-20; Heb. 4.2-8, 12.

Artículo 5. Creación y Divina Providencia

Creemos que Dios creó los cielos y la tierra y todo lo que en ellos hay,¹ y que Dios conserva y renueva lo que ha sido creado. Toda la creación viene en última instancia de una fuente externa a sí misma y pertenece a su Creador. El mundo fue creado bueno porque Dios es bueno y provee todo lo que es necesario para la vida.²

Creemos que el universo ha sido llamado a existir tan solamente como una expresión del amor y la libertad soberana de Dios. La creación da testimonio del poder eterno y la divina naturaleza de Dios, quien da sentido y propósito a la vida y quien es el único digno de adoración y alabanza.³

Reconocemos que Dios sostiene la creación en la continuidad así como en el cambio. Creemos que Dios mantiene orden en la creación y limita las fuerzas del pecado y del mal con el fin de conservar y renovar la humanidad y el mundo.⁴ Dios actúa también para salvar a los seres humanos y al mundo de la muerte y la destrucción y para vencer a las fuerzas del pecado y del mal.

Por consiguiente hemos sido llamados a respetar el orden natural de la creación y a encomendarnos al cuidado y el amparo de Dios, tanto en la adversidad como en la abundancia. Ni las obras

de manos humanas, ni las fuerzas del mundo natural a nuestro alrededor, ni el poder de las naciones en las que vivimos son dignos de la confianza y el honor debidos al Creador de quien dependen.⁵

Citas bíblicas:

1. Gén. 1.1; Isa. 45.11s.; Juan 1.3.
2. Gén. 1.31; 1 Tim. 4.4.
3. Sal. 19.1-6; Rom. 1.19-23.
4. Gén. 9.8-17; Sal. 104; Ef. 3.9-11.
5. Sal. 33; Mat. 6.25-33; Mat. 10.26-31.

Artículo 6. La creación y el llamamiento de los seres humanos

Creemos que Dios ha creado a los seres humanos a la imagen divina. Dios los formó del polvo de la tierra y les dio una dignidad única entre todas las obras de la creación. Los seres humanos han sido creados para relacionarse con Dios, para vivir en paz unos con otros, y para cuidar del resto de la creación.

Creemos que los seres humanos fuimos creados buenos, a imagen de Dios.¹ Como criaturas conformes a la semejanza divina, hemos sido hechos administradores para domesticar y cuidar de la creación manifestando reverencia y honor para con el Creador.² Como criaturas hechas a la imagen divina, hemos sido bendecidos con la capacidad para responder a Dios con fidelidad, vivir en armonía con otros seres humanos, y ocuparnos en trabajos y descanso que tengan sentido. Ya que tanto Adán como Eva fueron hechos idénticamen-

te maravillosos a la imagen divina, la voluntad de Dios desde el principio ha sido que las mujeres y los varones viviesen en relaciones recíprocas de amor y apoyo mutuos.³

Estamos agradecidos de que Dios preserve pacientemente a la humanidad y permanezca con nosotros incluso en el trance de la muerte.⁴ Dios ha hecho provisión para la salvación de la humanidad y la redención de la creación.⁵ Creemos que la imagen de Dios en toda su plenitud ha sido revelada y restablecida en Jesucristo, en quien hallamos nuestra verdadera humanidad.⁶

Citas bíblicas:

1. Gén. 1.26-27, 31; Rom. 8.29.
2. Gén. 1.26-30; Sal. 8.5-8; Rom. 1.21-23.
3. Gén. 2.18-23; Ef. 5.21-33.
4. Rom. 8.38-39.
5. Rom. 8.19-25.
6. 2 Cor. 4.4; Col. 1.15.

Artículo 7. Pecado

Confesamos que, empezando con Adán y Eva, la humanidad ha desobedecido a Dios, ha cedido ante el tentador y ha optado por el pecado. Por causa del pecado, nadie ha alcanzado la intención del Creador, en todos se ha empañado la imagen de Dios con que fueron creados. Todos han atentado contra el orden en el mundo y puesto límites a su amor por los demás. Por causa del pecado, la humanidad ha sido entregada a la esclavitud de los poderes del mal y de la muerte.¹

El pecado es dar la espalda a Dios y hacernos dioses de la creación y de nosotros mismos. Pecamos al optar como individuos y como grupos sociales, por cometer injusticias e incorrecciones.²

Pecamos al abstenernos de hacer el bien y desentendernos de dar a Dios la gloria que le corresponde como nuestro Creador y Redentor. Al pecar, violamos el pacto con Dios y con el pueblo de Dios, destruimos las relaciones correctas, empleamos el poder con egoísmo, cometemos violencia, y acabamos separados de Dios. Por consiguiente, no podemos adorar a Dios como corresponde.³

Por medio del pecado, los poderes de dominación, división, destrucción y muerte se han abalanzado sobre la humanidad y toda la creación. Estos a su vez han sometido más aún a los seres humanos bajo el poder del pecado y el mal, y han aumentado el agobio de nuestras labores y el va-

cio de nuestro descanso. Cuanto más pecamos, tanto más acabamos atrapados en el pecado. Por nuestro pecado nos abrimos al cautiverio bajo poderes demoníacos.⁴ Por causa del pecado y sus consecuencias, el esfuerzo por cuenta propia de los seres humanos por hacer el bien y conocer la verdad acaba constantemente corrompido.⁵

La naturaleza esclavizante del pecado se hace visible en los poderes del mal, que operan tanto a través de individuos como de grupos sociales y en todo el orden creado. Estos poderes, principados y espíritu elementales del universo frecuentemente mantienen en cautividad a las personas operando mediante sistemas políticos, económicos, socia-

les e incluso religiosos, para hacer que la gente abandone la justicia y la rectitud.⁶ Sin embargo gracias sean dadas a Dios, que no ha permitido que los poderes reinen supremos sobre la creación ni ha dejado a la humanidad sin esperanza.

Citas bíblicas:

1. Gén. 2.17; 3.22-24; 6.11-12; Rom. 1.21-32; 6.23.
2. Dan. 9.
3. Isa. 1.12-17.
4. Rom. 6.12-18; Ef. 6.10-12.
5. Sal. 14.2-4; Rom. 3.9-18.
6. Ef. 2.1-3; Gál. 4.1-3.

Artículo 8. Salvación

Creemos que por la vida, muerte y resurrección de Jesucristo, Dios ofrece a todas las personas salvación del pecado, y una nueva manera de vivir. Recibimos la salvación de Dios cuando nos arrepentimos del pecado y aceptamos a Jesucristo como Salvador y Señor. En Cristo somos reconciliados con Dios e integrados en la comunidad reconciliadora, el pueblo de Dios. Confiamos en Dios que, por el mismo poder que levantó a Cristo de entre los muertos, es posible ser salvados del pecado para seguir a Cristo en la presente vida y conocer la plenitud de la salvación en la era venidera.

Desde el principio, Dios ha actuado con gracia y misericordia para efectuar salvación —realizando señales y prodigios, liberando al pueblo de Dios, y entablando un pacto con Israel.¹ De tal manera amó Dios al mundo que, en el cumplimiento del tiempo, envió a su Hijo, cuya fidelidad hasta la muerte en una cruz ha dispuesto el camino de salvación para todos.² Por su sangre derramada por nosotros, Cristo inauguró el nuevo pacto.³ Él nos sana, perdona nuestros pecados, y nos libera de la cautividad del mal y de aquellos que nos hacen mal.⁴ Por su muerte y resurrección, él desbarata los poderes del pecado y de la muerte,⁵ cancela nuestra deuda de pecado,⁶ y allana el camino a una vida nueva.⁷ Somos salvos por la gracia de Dios, no por nuestros propios méritos.⁸

Cuando escuchamos las buenas noticias del amor de Dios, el Espíritu Santo nos impulsa a aceptar el don de la salvación. Dios nos guía sin imposición a una relación justa. Nuestra respuesta incluye ceder ante la gracia de Dios, poner tan

sólo en Dios nuestra confianza entera, arrepentirnos de nuestro pecado, dar la espalda al mal, vincularnos con la comunidad de los redimidos, y manifestar la obediencia de fe en palabra y hecho.⁹ Cuando nosotros que antes fuimos enemigos de Dios hallamos reconciliación con Dios por medio de Cristo, también experimentamos reconciliación con otras personas, especialmente en el seno de la iglesia.¹⁰ En el bautismo testificamos públicamente acerca de nuestra salvación y nos comprometemos en lealtad al único Dios verdadero y al pueblo de Dios, la iglesia. Al experimentar la gracia y el nuevo nacimiento, somos adoptados en la familia de Dios y nos vamos transformando más y más a la imagen de Cristo.¹¹ Respondemos así en fe a Cristo y procuramos andar fielmente en el camino de Cristo.

Creemos que la salvación que ya experimentamos no es más que un adelanto de la salvación que está aún por llegar, cuando Cristo vencerá al pecado y a la muerte, y los redimidos vivirán en comunión eterna con Dios.

Citas bíblicas:

1. Sal. 74.12; Deut. 6.20-25; Éx. 20.1-17.
2. Juan 3.16; Gál. 4.4; Heb. 1.1-2.
3. Mat. 26.28; 1 Cor. 11.25.
4. Rom. 5.1-5; Mar. 2.1-12.
5. Rom. 8.2; Heb. 2.14-15.
6. Rom. 3.24-25; Col. 2.13-14; Mar. 10.45.
7. Rom. 6.4.
8. Ef. 2.8-9.
9. Rom. 1.5; Luc. 19.8-10.
10. Rom. 5.6-10.
11. Rom. 12.2; 2 Cor. 3.18.

Artículo 9. La iglesia de Jesucristo

Creemos que la iglesia es la asamblea de los que han aceptado la salvación por fe en Jesucristo que ofrece Dios. La iglesia es la nueva comunidad de discípulos enviada al mundo para proclamar el reino de Dios y para servir como anticipo de la esperanza gloriosa de la iglesia. Es la nueva sociedad establecida y sustentada por el Espíritu Santo. La iglesia, el cuerpo de Cristo, tiene como vocación parecerse más y más a Jesucristo, su cabeza, en su culto, ministerio, testimonio, amor y provisión mutuas, y en el orden de su vida común.¹

Reconocemos a la iglesia como la sociedad de creyentes de muchas naciones, ungidos para el testimonio por el Espíritu Santo.² Gracias a la obra del Espíritu Santo, las divisiones entre razas, clases sociales y géneros están siendo sanadas en la medida que personas de todas las categorías de la humanidad están siendo reconciliadas y unidas en la iglesia.³ En tiempos de sufrimiento así como tranquilidad, la iglesia depende para su preservación y misión de la presencia y el poder del Espíritu Santo, antes que del poder ni la benevolencia del gobierno.

La iglesia es la asamblea de aquellos que se comprometen voluntariamente a seguir a Cristo en la vida y a dar cuentas unos a otros y a Dios, reconociendo a la vez que la iglesia es imperfecta y por consiguiente necesita arrepentirse constantemente. La identidad de la iglesia como pueblo creyente de Dios se sustenta y renueva al reunirse los miembros regularmente para adorar. Aquí la iglesia celebra la gracia ilimitada de Dios, reafirma

su lealtad a Dios antes que a ninguna otra cosa, y procura discernir la voluntad de Dios.

La iglesia es la casa, o sea familia, de Dios.⁴ El compromiso mutuo se manifiesta en el amor unos a otros así como Dios ama, al compartir recursos materiales y espirituales, al poner en práctica el cuidado mutuo y la disciplina mutua, y en la hospitalidad con todos.⁵ La iglesia recibe gustosamente a todos aquellos que se adhieren a Cristo y se integran en la familia de Dios.⁶

Creemos que la iglesia en cuanto cuerpo de Cristo es la manifestación visible de Jesucristo. La vocación de la iglesia es vivir y ministrar como Cristo vivió y ministro en el mundo. Así como en un cuerpo caben muchos miembros, todos los creyentes han sido bautizados en un mismo Espíritu y en un mismo cuerpo de Cristo. Hay diversidad de dones y ministerios en la iglesia, todos dispuestos para el bien común. Los creyentes han de amarse unos a otros y crecer hacia la semejanza de Cristo, quien es la cabeza de la iglesia.

La iglesia existe como una comunidad de creyentes en la congregación local, como una comunidad de congregaciones, y como una comunidad mundial de fe.

Citas bíblicas:

1. Ef. 4.13, 15.
2. Hech. 1.8; 2.1-11.
3. Hech. 11.1-18; 1 Cor. 12.12-13; Gál. 3.26-28.
4. Mar. 3.33-35; Ef. 2.19.
5. Deut. 10.19; Rom. 12.13; Heb. 13.2.
6. Juan 20.21; Mat. 28.18-20; Mat. 5.7.

Artículo 10. La iglesia en misión

Creemos que la iglesia está llamada a proclamar el reino de Dios y ser una señal del reino de Dios. Cristo ha comisionado a la iglesia para ser sus testigos, haciendo discípulos de todas las naciones, bautizándolos y enseñándoles a observar todas las cosas que ha mandado.¹

En su misión de predicar, enseñar y sanar, Jesús anunció: «El reino de Dios se ha acercado; arrepentíos y creed en las buenas noticias».² Después de su muerte y resurrección, Jesús comisionó a sus discípulos, diciendo: «Paz a vosotros. Así como el Padre me ha enviado a mí, así os envío yo [...] Recibid el Espíritu Santo».³ Habilitados por ese mismo Espíritu, continuamos el ministerio de

Jesús, reuniendo el nuevo pueblo de Dios que le reconoce a Cristo como Señor y Salvador.

La iglesia está llamada a dar testimonio del reino de Cristo, encarnando el camino de Jesús en su propia vida y estructurándose conforme al reino de Dios. Muestra así al mundo un ejemplo de vida bajo el señorío de Cristo. Por su vida, la iglesia es una ciudad sobre una colina, una luz para las naciones,⁴ que testifica sobre el poder de la resurrección por un estilo de vida diferente del de la sociedad a su alrededor.

La iglesia ha de testificar también con la proclamación del reino de Dios, de palabra y de hecho. La iglesia ha de buscar a los perdidos, invitar al arrepentimiento, anunciar la salvación de

pecado, proclamar el evangelio de la paz, liberar a los oprimidos, rogar que haya justicia y rectitud, servir como sirvió Jesús, e instar a todos, aunque sin imposición, a que se integren en el pueblo de Dios. La iglesia está llamada a ser un canal de la terapéutica de Dios, que puede incluir la unción con aceite.⁵ Incluso corriendo el riesgo del sufrimiento y la muerte, el amor de Cristo mueve a testigos fieles a testificar por su Salvador.⁶

Dicho testimonio es una respuesta al llamamiento de Jesús a hacer discípulos. Al hallar acogida y ser incorporados a la iglesia, los cristianos nuevos aprenden a participar en el culto de la iglesia, en su comunión, educación, ayuda mutua, toma de decisiones, servicio, y misión continua.⁷ Los creyentes nuevos también ayudan a la iglesia a aprender nuevas dimensiones de su misión.⁸

Dios llama a la iglesia a dirigir su misión a personas de todas las naciones y de todas las etnias. Jesús comisionó a sus discípulos para que fuesen sus testigos «en Jerusalén, en toda Judea y Samaria, y hasta lo último de la tierra».⁹ El apóstol Pablo predicó a las naciones gentiles. La iglesia hoy día también está llamada a testificar a personas de

todas las culturas, etnias y nacionalidades. La misión de la iglesia no requiere la protección de ninguna nación ni ningún imperio. Los cristianos son forasteros y extranjeros en medio de todas las culturas. Pero la iglesia misma es la nación de Dios, que abarca a personas que proceden de toda tribu y nación. De hecho, su misión consiste en reconciliar grupos distintos, creando una nueva humanidad¹⁰ y ofreciendo un anticipo de aquel día cuando todas las naciones acudirán a la montaña del Señor y vivirán en paz.¹¹

Citas bíblicas:

1. Hech. 1.8; Mat. 28.19-20.
2. Mar. 1.15.
3. Juan 20.21-22; Hech. 10.36.
4. Mat. 5.13-16; Isa. 42.6.
5. Mar. 6.13; Sant. 5.14-15.
6. 2 Cor. 5.14.
7. Hech. 2.41-47.
8. Hech. 10; 15.
9. Hech. 1.8.
10. Ef. 2.15-16.
11. Isa. 2.2-4.

Artículo 11. Bautismo

Creemos que el bautismo de creyentes con agua es una señal de ser lavados del pecado. El bautismo es también una señal ante la iglesia de su pacto con Dios para andar en el camino de Jesucristo gracias al poder del Espíritu Santo. Los que creen se bautizan en Cristo y en su cuerpo por medio del Espíritu, el agua y la sangre.

El bautismo es un testimonio acerca del don que hace Dios de su Espíritu Santo y de la obra constante del Espíritu en las vidas de los creyentes. Por medio del Espíritu nos arrepentimos y volvemos hacia Dios en fe. El bautismo del Espíritu Santo capacita a los creyentes a andar en novedad de vida, a vivir en comunidad con Cristo y la iglesia, a ofrecer la restauración y el perdón de Cristo a los necesitados, a testificar con valentía sobre las buenas noticias de Cristo, y a esperar compartir la gloria futura de Cristo.

El bautismo con agua es una señal de que la persona se ha arrepentido, ha recibido el perdón, ha renunciado al mal y ha muerto al pecado,¹ por la gracia de Dios en Cristo Jesús. Lavados así, los creyentes se integran en el cuerpo de Cristo en la

tierra, la iglesia. El bautismo con agua es también una señal del compromiso a servir a Cristo y a ministrar como un miembro de su cuerpo conforme a los dones que cada uno ha recibido. Jesús mismo solicitó ser bautizado con agua al comienzo de su ministerio y envió a sus seguidores a «hacer discípulos de todas las naciones, bautizándolos en el nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo».² El bautismo se celebra en obediencia al mandamiento de Jesús y como un compromiso público de identificación con Jesucristo, no sólo en su propio bautismo con agua, sino en su vida en el Espíritu y en su muerte en amor sufridor.

El bautismo de sangre, o bautismo de sufrimiento, es ofrecer la vida, incluso hasta la muerte. Jesús entendía como un bautismo la entrega de su vida al derramar su sangre por otros.³ También calificó de bautismo el sufrimiento y la muerte de sus discípulos.⁴ Los que aceptan el bautismo de agua se comprometen a seguir a Jesús en la entrega de sus vidas por otros, en el amor a sus enemigos y en la renuncia de la violencia, incluso cuando ello suponga su propio sufrimiento o muerte.

El bautismo cristiano es para aquellos que confiesan sus pecados, se arrepienten, aceptan a Jesu-

cristo como Salvador y Señor, y se comprometen a seguir a Cristo en obediencia como miembros de su cuerpo, dando y recibiendo cuidados y consejos en la iglesia. El bautismo es para las personas que han llegado a la edad de dar cuenta de sus propias vidas y que libremente solicitan el bautismo basándose en su respuesta a Jesucristo en fe.⁵

Citas bíblicas:

1. Rom. 6.1-4; Hech. 2.38-39.
2. Mat. 28.19.
3. Luc. 12.50; 1 Juan 5.7-8.
4. Mar. 10.38.
5. Mat. 28.19-20; Juan 4.1; Hech. 2.38; Gál. 3.27.

Artículo 12. La Cena del Señor

Creemos que la Cena del Señor es una señal por la que la iglesia recuerda con gratitud el nuevo pacto que Jesús estableció al morir. Al comer y beber en esta comunión, los miembros de la iglesia renuevan su pacto con Dios, y unos con otros. Participamos como un cuerpo en la vida de Jesucristo entregada para la redención de la humanidad. Así proclamamos la muerte del Señor hasta que él vuelva.¹

La Cena del Señor nos señala hacia Jesucristo, cuyo cuerpo fue entregado por nosotros y cuya sangre derramada estableció el nuevo pacto.² Al compartir el pan y la copa, cada creyente recuerda la muerte de Jesús y el acto libertador de Dios cuando levantó a Jesús de entre los muertos. Al revivir este evento compartiendo alimentos en comunión, agradecemos todos los actos divinos de liberación en el pasado y el presente, agradecemos el perdón de pecados y la gracia constante de Dios en nuestras vidas.

La cena nos re-presenta la presencia en la iglesia del Cristo resucitado. Al compartir el pan y la copa de la comunión, el cuerpo de creyentes reunidos participa del cuerpo y la sangre de Cristo³

y reconoce una vez más que Cristo, el pan de vida, es quien sustenta su vida.

Recordando cómo Jesús entregó su vida por sus amigos, nosotros sus seguidores nos volvemos a comprometer con el camino de la cruz. Confesándonos nuestros pecados unos a otros y recibiendo perdón, hemos de acercarnos a la mesa del Señor como un único cuerpo. Allí renovamos nuestro pacto bautismal con Dios y unos con otros y reconocemos nuestra unidad con todos los creyentes de todo tiempo y lugar.

Están invitados a la mesa del Señor todos aquellos que con el bautismo se han integrado a la comunidad de fe, están viviendo en paz con Dios y con sus hermanos y hermanas en la fe, y están dispuestos a dar cuenta de su vida a la congregación.

Celebrando así la Cena del Señor, la iglesia aguarda con gozo y esperanza el banquete de los redimidos con Cristo en la era venidera.⁴

Citas bíblicas:

1. 1 Cor. 11.26.
2. Jer. 31.31-34; 1 Cor. 11.24-25.
3. 1 Cor. 10.16.
4. Luc. 22.15-29, 28-30.

Artículo 13. Lavamiento de pies

Creemos que Jesús nos llama a servirnos unos a otros en amor como lo hizo él. En lugar de procurar dominar sobre los demás, estamos llamados a seguir el ejemplo de nuestro Señor, que eligió ejercer como un sirviente, lavando los pies de sus discípulos.

Cuando se aproximaba su muerte, Jesús se inclinó para lavar los pies de sus discípulos y les dijo: «Así que si yo, vuestro Señor y Maestro, os he lavado los pies, vosotros también debéis lavaros unos a otros los pies. Porque os he dado un ejemplo, para que vosotros también hagáis lo que yo os he hecho».¹ Con este acto, Jesús manifestó humil-

dad y una disposición servicial, llegando a entregar su vida por los que él amó. Al lavar los pies de los discípulos, Jesús escenificó una parábola de su vida entregada hasta la muerte por ellos, y del estilo de vida a que están llamados los discípulos en el mundo.

Los creyentes que se lavan los pies unos a otros manifiestan que son uno en el cuerpo de Cristo.² Así reconocen su necesidad frecuente de limpieza, renuevan su disposición a deshacerse del orgullo y del poder mundanal, y ofrecen sus vidas en servicio humilde y amor sacrificado.³

Citas bíblicas:

1. Juan 13.14-15.
2. Juan 13.8.
3. Mat. 20.20-28; Mar. 9.30-37; Luc. 22.25-27.

Artículo 14. Disciplina en la iglesia

Creemos que la práctica de la disciplina en el seno de la iglesia es una señal del perdón y la gracia transformadora que Dios ofrece a los que se están alejando de un discipulado fiel o que han sido rebasados por el pecado. La intención de la disciplina es liberar del pecado a los hermanos y hermanas, para capacitarles para volver a una relación correcta con Dios, y para restaurarles a la comunión de la iglesia. También brinda integridad al testimonio de la iglesia y contribuye a la credibilidad del mensaje del evangelio en el mundo.

Según la enseñanza de Jesucristo y los apóstoles, todos los creyentes participan en el cuidado y la disciplina mutuas cuando sea apropiado. Jesús dio autoridad a la iglesia para discernir el bien y el mal y para perdonar pecados cuando hay arrepentimiento o para retener pecados cuando no hay arrepentimiento.¹ Por eso los creyentes, cuando se hacen miembros de la iglesia, se comprometen a dar y recibir consejo en el seno de la comunidad de fe respecto a cuestiones importantes de doctrina y conducta.

El ánimo mutuo, la atención pastoral y la disciplina deberían conducir normalmente a la confesión, el perdón y la reconciliación. La disciplina para corregir debe ejercerse en la iglesia de una manera redentora. El modelo básico arranca con «hablar la verdad en amor», en una conversación directa entre la persona que yerra y otro miembro.² Según cuál sea la respuesta de la persona, la amonestación puede continuar, ampliando el círculo. Aquí generalmente estará incluido el pastor

u otro líder de la congregación. Si hace falta, la cuestión puede traerse al fin a la congregación. Un hermano o hermana que se arrepiente debe ser perdonado y se le debe animar a emprender los cambios necesarios.

Si el miembro que yerra porfía en su pecado sin arrepentimiento y rechaza incluso la amonestación de la congregación, puede suspenderse su condición de miembro. La suspensión de la condición de miembro es el reconocimiento de que la persona se ha separado del cuerpo de Cristo.³ Cuando esto sucede, la iglesia sigue orando por ella y procura restaurarla a su comunión.⁴

Reconocemos que la disciplina, entendida y practicada correctamente, apuntala la integridad del testimonio de la iglesia de palabra y de hecho. La falsa enseñanza a porfía y sin corregir y la conducta pecadora entre los cristianos socavan la proclamación y credibilidad del evangelio en el mundo.⁵ Como señal del perdón y de la gracia transformadora, la disciplina sirve como ejemplo del mensaje de perdón y de una vida nueva en Cristo por el poder del Espíritu Santo. Como una forma de fortalecer la buena enseñanza y apoyar la conducta moral, ayuda a edificar la fidelidad en el entendimiento y en la práctica.

Citas bíblicas:

1. Mat. 18.15-22; Juan 20.21-23; Gál. 6.1-2; Deut. 19.15.
2. Ef. 4.15; Mat. 18.15.
3. 1 Cor. 5.3-5.
4. 2 Cor. 2.5-11.
5. Mat. 5.14-18; Rom. 2.21ss.

Artículo 15. Ministerio y liderazgo

Creemos que el ministerio continúa la obra de Cristo, quien da dones por medio del Espíritu Santo a todos los creyentes y los capacita para servir en la iglesia y en el mundo. También creemos que Dios llama a ciertas personas en particular a ejercer ministerios y funciones específicas como líderes en la iglesia. Al servir a la iglesia, todos los que ministran han de dar cuenta a Dios y a la comunidad de fe.

Cristo invita a todos los cristianos a ministrarse unos a otros en la iglesia y, de parte de la iglesia, más allá de sus confines.¹ Cristo les faculta para el ministerio como respuesta a necesidades y oportu-

nidades específicas.² Servir así es participar en la creatividad de la obra de Dios para edificar el cuerpo de Cristo en amor y dar testimonio en el mundo de la justicia de Dios.³

La iglesia llama, forma y designa a hombres y mujeres para una diversidad de ministerios de liderazgo para sí. Estos pueden incluir funciones como la de pastor, diácono y anciano, así como evangelistas, misioneros, maestros, ministros de una asociación de congregaciones, y supervisores.⁴ El carácter y la reputación de los líderes ha de ser irreprochable. Siguiendo el ejemplo de Cristo, las personas designadas así enseñan con autoridad, interpretan las Escrituras y la fe diligentemente, hablan la verdad divina con denuedo, equipan a

los santos, tratan compasivamente con los necesitados, y guían a la congregación en la vida de fidelidad, de tal suerte que la iglesia sea «[edificada] conjuntamente en espíritu para morada de Dios».⁵

La confirmación del llamamiento a un ministerio en particular es una señal de la transparencia mutua entre la iglesia y su representante escogido. Después de un tiempo de discernimiento puede haber una ordenación u otro acto por el estilo, con imposición de manos.⁶ Este acto simboliza la responsabilidad de la persona como siervo de la Palabra. La congregación y la iglesia en un sentido más amplio, o una asociación de congregaciones, participan en este acto como señal de su bendición y apoyo y como recordatorio, tanto de que la per-

sona ha de dar cuenta ante Dios y la iglesia, como de que la iglesia asume su responsabilidad respecto a la persona.

Citas bíblicas:

1. Mat. 25.31-40; 1 Cor. 12.31-13.13.
2. Ef. 4.7; Rom. 12.4-6; 1 Ped. 4.10-11.
3. Ef. 4.15-16; Luc. 10.1-37.
4. Ef. 4.11-13; 1 Cor. 12.28; Rom. 12.6-8; 1 Tim. 3.1-13; Tito 1.5-9.
5. Rom. 10.14-15; Mat. 7.29; Tito 2.15; 1 Tim. 4.13; Jer. 1.4-10; 2 Tim. 4.1-3; Ef. 4.11.13; Fil. 2.1-4; Ef. 2.22.
6. 1 Tim. 5.22; Éx. 29.35.

Artículo 16. Orden y unidad en la iglesia

Creemos que la iglesia de Jesucristo es un cuerpo con muchos miembros, dispuesto de tal forma que, mediante un único Espíritu, los creyentes puedan ser edificados espiritualmente a manera de morada de Dios.¹

Como pueblo de Dios, la iglesia es un templo santo,² una casa espiritual,³ fundada sobre los apóstoles y profetas, con Jesucristo mismo como su piedra angular.⁴ Es necesario que la iglesia funcione con orden para conservar la unidad en cuestiones importantes de fe y vida⁵ para que cada cual pueda servir y recibir servicios, y el cuerpo de Cristo sea edificado en amor.⁶ El amor y la unidad en la iglesia son un testimonio al mundo del amor de Dios.⁷

Al tomar decisiones, sea para escoger líderes o para resolver cuestiones, los miembros de la iglesia escuchan y hablan con una disposición abierta y sensible al Espíritu, donde las Escrituras sirven como guía constante. Las personas han de esperar recibir no sólo confirmación sino también corrección. En un proceso de discernimiento, en lugar de adoptar decisiones apresuradas es mejor esperar con paciencia hasta que alguna palabra que proviene del Señor guíe al consenso.

La iglesia es una variedad de asambleas que se reúnen regularmente, entre ellas las congregacio-

nes locales y diversas asociaciones de congregaciones. Esta diversidad dentro de la unidad suscita gratitud a Dios y un aprecio mutuo. Siguiendo el ejemplo de la iglesia apostólica, la congregación local procura el consejo de la iglesia en su sentido más amplio, en cuestiones importantes tocantes a la fe y la vida, y trabajan conjuntamente en su misión común.⁸ Las decisiones adoptadas en asambleas más amplias y en las asociaciones de congregaciones, han de ser confirmadas por los grupos que las constituyen.⁹ y los ministros de cada lugar reciben ánimo y apoyo en las asambleas más amplias. La autoridad y la responsabilidad vienen delegadas por acuerdo común voluntario, con el fin de que las iglesias lleguen a dar cuentas a Cristo y unas a otras a todos los niveles de la vida de la iglesia.

Citas bíblicas:

1. Ef. 2.21-22.
2. 1 Cor. 3.16-17.
3. 1 Ped. 2.5
4. Ef. 2.20.
5. Sal. 133.1; 1 Cor. 14.33; Ef. 4.3.
6. Ef. 4.7, 12-16.
7. Juan 17.20-24.
8. Hech. 15.1-21.
9. Hech. 11.18.

Artículo 17. Discipulado y la vida cristiana

Creemos que Jesucristo nos llama a tomar nuestra cruz y seguirle. Por medio del don de la

gracia salvadora de Dios, recibimos la potestad de ser hechos discípulos de Jesús, llenos de su Espíritu, siguiendo sus enseñanzas y su camino a una vida nueva a través del sufrimiento. A medida

que por la fe somos consecuentes con su manera de vivir, nos vamos transformando a su imagen. Así llegamos a ser hechos conformes a Cristo y fieles a la voluntad de Dios, separados del mal que hay en el mundo.

La experiencia de Dios por medio del Espíritu Santo, la oración, las Escrituras y la iglesia nos capacita y nos enseña cómo seguir a Cristo. Asimismo, al seguir a Cristo en nuestras vidas, somos llevados a una relación más estrecha con Dios, y Cristo mora en nosotros.¹ Mediante la gracia, Dios obra en nosotros para volver a crearnos a la imagen de Cristo, quien es a su vez la imagen del Dios invisible. Allí donde la fe cristiana se muestra activa en el amor y la verdad, se encuentra la nueva creación. Por el nuevo nacimiento hemos sido adoptados en la familia de Dios, llegando a ser hijos de Dios.² Nuestra participación en Cristo incluye tanto la salvación como el discipulado.

De la conformidad con Cristo se desprende obligatoriamente el inconformismo con el mundo.³ La verdadera fe en Cristo supone una disposición a hacer la voluntad de Dios, en lugar de la persecución caprichosa de felicidad individual.⁴ La verdadera fe supone buscar primeramente el reino de Dios en sencillez, en lugar de perseguir el materialismo.⁵ La verdadera fe supone actuar en paz y justicia, en lugar de recurrir a métodos violentos o militares.⁶ La verdadera fe supone ser leal ante todo al reino de Dios, en lugar de a ningún estado nacional ni grupo étnico que reclame nuestra lealtad.⁷ La verdadera fe supone aseverar la verdad con sinceridad, en lugar de depender de juramentos para garantizar que decimos la verdad.⁸ La verdadera fe supone castidad y fidelidad a los votos matrimoniales por amor, en lugar de la distorsión de relaciones sexuales, contraria a la inten-

ción de Dios.⁹ La verdadera fe supone tratar nuestros cuerpos como templos de Dios, en lugar de permitir que arraiguen conductas adictivas. La verdadera fe supone realizar obras de compasión y reconciliación, en santidad de vida, en lugar de permitir que el pecado nos domine.¹⁰ Vivimos nuestra fidelidad a Cristo en la vida de amor y el testimonio de la comunidad de la iglesia, que ha de ser un pueblo separado, santo para Dios.

En todas las áreas de la vida, nuestra vocación es ser discípulos de Jesús. Jesús es nuestro ejemplo, especialmente en su sufrimiento por la justicia sin tomar represalias,¹¹ en su amor por sus enemigos y en su perdón de los que le persiguieron. Sin embargo al seguir a Jesús vemos no sólo la cruz, sino que a través de la cruz vemos el gozo de la resurrección. Esperamos que Dios reivindicará a los que siguen el camino estrecho que conduce a la vida.¹² «Si hemos muerto con él, también viviremos con él. Si aguantamos, también reinaremos con él».¹³

Citas bíblicas:

1. Fil. 3.10.
2. Rom. 8.12-17.
3. Rom. 12.1-2.
4. Mat. 26.39.
5. Mat. 5.3; 6.25-33.
6. Zac. 4.6; Mat. 5.6, 9, 38-48.
7. Jos. 24; Sal. 47; Hech. 5.29.
8. Mat. 5.33-37.
9. Mat. 5.27-30.
10. Miq. 6.8; Rom. 6.12-14.
11. 1 Ped. 2.21-23; Rom. 12.9-21.
12. Mat. 7.13-14.
13. 2 Tim. 2.11-12.

Artículo 18. Espiritualidad cristiana

Creemos que quien es discípulo de Jesús goza de vida en el Espíritu. A medida que vivimos en relación con Dios, la vida, muerte y resurrección de Jesucristo nos da forma y vamos creciendo en la imagen de Cristo. El Espíritu Santo está activo en la adoración personal y de la comunidad, llevándonos cada vez más profundamente a la sabiduría de Dios.

Al confesar a Cristo y recibir el bautismo, entramos en una nueva relación con Dios por medio de Cristo. En el amor de Dios, nuestra vida entera

encuentra libertad, transformación, un nuevo orden, renovación. Al amar y conocer a Dios, experimentamos comunión con Dios y permitimos cada vez más que nuestra vida se ajuste al camino de Jesús: su vida, muerte y resurrección. Nos sometemos a Dios, permitiendo que el Espíritu Santo nos moldee a la imagen de Cristo.¹ Como cristianos individuales y como iglesia, hemos sido llamados a vivir en relación con Dios, reflejando el camino de Cristo, siendo llenos del Espíritu Santo. Hemos de crecer en todo hacia Cristo, quien es la

cabeza de la iglesia, por medio de quien ésta es edificada en amor.²

Recibimos de Jesucristo la vida del Espíritu, así como el pámpano recibe de la vid su vida. Separados de la vid, el poder del Espíritu no nos puede llenar. Pero en la medida que ponemos nuestro alojo en Cristo y Cristo se aloja en nosotros, llevamos fruto y llegamos a ser sus discípulos.³ Cuando estamos en la presencia del Espíritu, también andamos paso a paso con el Espíritu y manifestamos el fruto del Espíritu en nuestras acciones.⁴ Nuestra conducta exterior casa con nuestra vida interior.

Ciertas disciplinas espirituales como la oración, estudiar las Escrituras, meditar en Dios, el culto en comunidad, entonar himnos, la sencillez, el testimonio y el servicio, nos adiestran en piedad.⁵ Tales disciplinas nos abren a una relación con Dios que va en aumento y nos ponen más completamente en las manos de Dios. Las disciplinas también son una preparación para tiempos de prueba y de sufrimiento. Si practicamos la presencia de

Dios en tiempos más tranquilos, nos resulta más fácil reconocer la presencia de Dios en tiempos difíciles.

Estamos convencidos de que nada nos puede separar del amor de Dios en Cristo Jesús nuestro Señor,⁶ porque Dios puede valerse del sufrimiento tanto como del gozo para fomentar nuestro crecimiento espiritual.⁷ En esta era, Cristo en nosotros es nuestra esperanza de gloria.⁸ Esperamos aquel tiempo cuando nuestro conocimiento parcial de Dios sea completado y veremos cara a cara.⁹

Citas bíblicas:

1. 2 Cor. 3.17-18; Fil. 3.21.
2. Ef. 4.15-16.
3. Juan 15.5-8.
4. Sal. 1; Gál. 5.22-26.
5. 1 Tim. 4.7-8.
6. Rom. 8.35-39.
7. Mat. 5.1-12; Sal. 119.67.
8. Col. 1.27.
9. 1 Cor. 13.12.

Artículo 19. Familia, ser soltero o estar casado

Creemos que la intención de Dios es que la vida humana nazca en familias y sea bendecida mediante familias. No sólo esto, sino que Dios desea que todas las personas lleguen a ser parte de la iglesia, que es la familia de Dios. A medida que los miembros solteros y casados de la familia que es la iglesia dan y reciben sustento y salud, las relaciones familiares cristianas pueden crecer hacia la integridad que es la voluntad de Dios para ellas.

Reconocemos que Dios ha creado a los seres humanos para vivir en relación. La intención de Dios es que la vida humana sea bendecida a través de familias, especialmente la familia de la fe. Todos los cristianos han de ocupar su lugar dentro de la casa de Dios, donde los miembros se tratan unos a otros como hermanos y hermanas.¹ Sostenemos que dentro de la familia de la iglesia, se honra la excelencia de ser soltero o de estar casado.² Honramos el estado soltero y animamos a la iglesia a respetar e incluir a las personas solteras dentro de la vida y las actividades de la familia eclesial. Es vocación de las familias de la fe ser una bendición para todas las familias de la tierra.³

Creemos que la intención de Dios es que el matrimonio sea un pacto entre un hombre y una mu-

jer para toda la vida.⁴ El matrimonio cristiano es una relación de mutualidad en Cristo,⁵ un acuerdo solemne al que se llega en el contexto de la iglesia. Según las Escrituras, la unión sexual correcta sólo sucede dentro de la relación de matrimonio.⁶ El propósito del matrimonio es la intimidad sexual, el compañerismo, y la procreación y educación de hijos.

Los niños son de gran importancia. Jesús los consideraba ejemplos de cómo hay que recibir el reino de Dios.⁷ Es menester amar, disciplinar, enseñar y respetar a los niños en el hogar y en la iglesia. Asimismo los niños han de honrar a sus padres, obedeciéndoles en el Señor.⁸ Los que son más jóvenes han de mostrar respeto a sus mayores en el hogar y en la iglesia.⁹

Es vocación de la iglesia ayudar a las parejas a fortalecer sus relaciones de matrimonio y fomentar la reconciliación en tiempos de conflicto. La iglesia también ha de ministrar con la verdad y con compasión a los que se encuentran en relaciones familiares difíciles. Como familia de Dios, es vocación de la iglesia ser un refugio que ofrece esperanza y salud a las familias.

Citas bíblicas:

1. 2 Cor. 3.17-18; Fil. 3.21.

2. Ef. 4.15-16.
3. Juan 15.5-8.
4. Sal. 1; Gál. 5.22-26.
5. 1 Tim. 4.7-8.

6. Rom. 8.35-39.
7. Mat. 5.1-12; Sal. 119.67.
8. Col. 1.27.
9. 1 Cor. 13.12.

Artículo 20. La verdad, evitar juramentos

Nos comprometemos a decir la verdad, a responder con sencillez si sí o no, y a evitar jurar y juramentar.

Jesús dijo a sus discípulos que no jurasen, sino que su sí fuera sí y su no, no.¹ Creemos que esta enseñanza tiene que ver con la necesidad de decir la verdad, amén de evitar el lenguaje soez.² Los juramentos se suelen hacer como garantía de que se dice la verdad. Esto da a entender que a falta de juramento, se puede ser menos puntilloso con la verdad. Los seguidores de Jesús deben decir siempre la verdad, y en los asuntos legales, limitarse a afirmar que sus declaraciones son ciertas.

Jesús también advirtió en contra de emplear conjuros para intentar obligar a Dios a garantizar

el futuro. Por la fe, confiamos nuestro futuro al cuidado de Dios.³

A través de la historia, los gobiernos humanos han requerido que sus ciudadanos les juren lealtad. Como cristianos nuestra primera lealtad es con Dios.⁴ en el bautismo hemos comprometido nuestra lealtad con la comunidad de Cristo, un compromiso que tiene prioridad por encima de la obediencia a ninguna otra comunidad social o política.

Citas bíblicas:

1. Mat. 5.33-37; Sant. 5.12.
2. Ef. 4.15, 29.
3. Mat. 5.34-36.
4. Hech. 5.29.

Artículo 21. Responsabilidad cristiana

Creemos que todo pertenece a Dios, quien nos llama, en cuanto iglesia, a vivir como administradores fieles de todo lo que Dios nos ha encomendado.

Como siervos de Dios, nuestra vocación principal es ser administradores en la casa de Dios.¹ Dios, que en Cristo nos ha dado vida nueva, también nos ha dado dones espirituales para que los usemos para la misión y el cuidado de la iglesia.² El mensaje de reconciliación ha sido encomendado a cada creyente, para que mediante la iglesia el misterio del evangelio pueda darse a conocer en todo el mundo.³

Creemos que el tiempo también es de Dios y que debemos emplear con prudencia el tiempo del que somos administradores.⁴ Ahora bien, desde los días más remotos, el pueblo de Dios ha sido llamado a observar periodos especiales de descanso y adoración. En el Antiguo Testamento, el séptimo día era santo porque fue el día que Dios descansó de la obra de creación.⁵ El día de reposo también era santo porque Dios liberó al pueblo hebreo de la esclavitud.⁶ Por Jesús, todo el tiempo es sagrado, apartado para Dios con el propósito de que se emplee en salvación, sanidad y justicia.⁷

Hoy en día, la iglesia celebra un día de descanso sagrado, habitualmente el día domingo, y debe vivir todos los días conforme a la justicia del reposo de Dios.

Reconocemos que Dios como Creador es dueño de todas las cosas. En el Antiguo Testamento, el año sabático y el año de jubileo fueron expresiones prácticas de creer que la tierra es de Dios y que el pueblo de Israel pertenece a Dios.⁸ Jesús, al empezar su ministerio, anunció el año favorable del Señor, que se suele entender como un jubileo. Por medio de Jesús, los pobres oyeron buenas noticias, los presos fueron liberados, los ciegos vieron, y los oprimidos recobraron la libertad.⁹ La primera iglesia en Jerusalén puso en práctica el jubileo al predicar el evangelios, sanar a los enfermos y compartir las posesiones. Otras iglesias tempranas compartieron económicamente con los necesitados.¹⁰

Como administradores de la tierra de Dios, se nos ha encomendado cuidar de la tierra y traer descanso y renovación a la tierra y a todo lo que en ella vive.¹¹ Como administradores de dinero y posesiones, hemos de vivir con sencillez, poner en práctica la ayuda mutua en el seno de la iglesia, defender la justicia económica, y dar generosa y gozosamente.¹² Como personas que dependemos

de la providencia de Dios, no debemos sufrir ansiedad acerca de las necesidades de la vida, sino buscar primeramente el reino de Dios.¹³ No podemos ser siervos legítimos de Dios y a la vez permitir que nuestras vidas estén gobernadas por el deseo de riquezas.

Es nuestra vocación ser administradores en la casa de Dios, apartados para el servicio de Dios. Vivimos ahora conforme al descanso y la justicia que Dios ha prometido.¹⁴ La iglesia hace esto mientras aguarda la venida de nuestro Señor y la restauración de todas las cosas en un cielo nuevo y una tierra nueva.

Citas bíblicas:

1. Luc. 12.35-48; 1 Cor. 4.1-2.
2. 1 Ped. 4.10-11; Tito 1.7; 2.5.
3. 2 Cor. 5.18-20; Ef. 3.1-10.
4. Sal. 31.14; Ef. 5.15-16; Col. 4.5.
5. Éx. 20.8-11.
6. Deut. 5.12-15.
7. Mar. 2.27-28.
8. Lev. 25.23, 42, 55.
9. Luc. 4.16-21.
10. Hech. 2.44-45; 4.32-37; 2 Cor. 8.1-15.
11. Sal. 24.1; Gén. 1.26-28.
12. Fil. 4.11-12; 2 Cor. 8.13-14; Sant. 5.4; 2 Cor. 9.7.
13. Mat. 6.24-33.
14. Mat. 11.28-29; Apoc. 7.15-17.

Artículo 22. Paz, justicia y no violencia

Creemos que la voluntad de Dios es que haya paz. Dios creó el mundo en paz, y la paz de Dios ha sido revelada plenamente en Jesucristo, quien es nuestra paz y la paz del mundo entero. Guiados por el Espíritu Santo, seguimos a Cristo en el camino de la paz, haciendo justicia, trayendo reconciliación y practicando la no violencia, incluso allí donde hay violencia y guerra.

Aunque Dios creó un mundo apacible, la humanidad escogió el camino de la injusticia y la violencia.¹ El espíritu de venganza fue en aumento y la violencia se multiplicó, pero la visión original de paz y justicia no desapareció.² En el pueblo de Israel los profetas y demás mensajeros de Dios siguieron señalando hacia una confianza en Dios en lugar de confiar en las armas y la fuerza militar.³

La paz que constituye la intención de Dios para la humanidad y la creación, se manifestó en su más perfecta plenitud en Jesucristo. Una jubilosa canción de paz anunció el nacimiento de Jesús.⁴ Jesús enseñó el amor a los enemigos, perdonó a los malhechores, y exigió relaciones de justicia.⁵ Cuando le amenazaron, escogió no resistir sino entregar libremente su vida.⁶ Por su muerte y resurrección, él ha destituido el dominio de la muerte y nos ha dado paz con Dios.⁷ Así nos reconcilió con Dios y nos ha encomendado el ministerio de reconciliación.⁸

Como seguidores de Jesús, participamos en su ministerio de paz y justicia. Él nos ha llamado a descubrir la bendición de generar paz y procurar

justicia. Hacemos esto en un espíritu de mansedumbre, dispuestos a ser perseguidos por causa de la justicia.⁹ Como discípulos de Cristo, no nos adiestramos para la guerra, ni participamos en guerras ni en el servicio militar. Este mismo Espíritu que capacitó a Jesús también nos capacita para amar enemigos, perdonar en lugar de vengarnos, poner en práctica relaciones justas, contar con la comunidad de fe para resolver nuestras disputas, y resistir el mal sin recurrir a la violencia.¹⁰

Guiados por Dios, y comenzando en el seno de la iglesia, damos testimonio a todas las gentes que la violencia no es la voluntad de Dios. Testificamos contra todas las formas de violencia, incluso la guerra entre naciones, la hostilidad entre razas y clases, el abuso de niños y mujeres, la violencia entre varones y mujeres, el aborto y la pena capital.

Damos nuestra suprema lealtad al Dios de gracia y paz, quien guía a la iglesia cada día para vencer el mal por medio del bien, nos capacita para hacer justicia, y nos sostiene en la esperanza gloriosa de un reino apacible de Dios.¹¹

Citas bíblicas:

1. Gén. 1-11.
2. Isa. 2.2-4.
3. Lev. 26.6; Isa. 31.1; Ose. 2.14.
4. Luc. 2.14.
5. Mat. 5.44; 6.14-15.
6. Mat. 26.52-53; 1 Ped. 2.21-24.
7. 1 Cor. 15.54-55; Rom. 5.10-11; Ef. 2.11-18.
8. 2 Cor. 5.18-21.
9. Mat. 5.3-12.
10. Mat. 5.39; 1 Cor. 6.1-16; Rom. 12.14-21.
11. Isa. 11.1-9.

Artículo 23. La relación de la Iglesia con el gobierno y la sociedad

Creemos que la iglesia es la «nación santa» de Dios,¹ llamada a una lealtad absoluta a Cristo su cabeza, testificando del amor salvador de Dios a todas las naciones.

La iglesia es el cuerpo espiritual, social y político que sólo le confiesa lealtad a Dios. Como ciudadanos del reino de Dios,² confiamos en el poder del amor de Dios para defendernos. La iglesia no reconoce las fronteras geográficas y no precisa violencia para protegerse. El único país cristiano es la iglesia de Jesucristo, compuesta de personas de cada tribu y nación,³ llamadas a dar testimonio de la gloria de Dios.

Al contrario que la iglesia, las autoridades de gobierno del mundo han sido constituidas por Dios para mantener el orden en las sociedades. Esos gobiernos y demás instituciones humanas, en cuanto siervos de Dios, han de actuar con justicia y proveer orden.⁴ Sin embargo, como sucede con todas las instituciones de este tipo, las naciones tienden a exigir una lealtad absoluta. Así se vuelven idólatras y rebeldes contra la voluntad de Dios.⁵ Aun en el mejor de los casos, un gobierno no puede actuar completamente conforme a la justicia de Dios porque ninguna nación, salvo la iglesia, confiesa a Cristo como su fundamento.

Como cristianos hemos de respetar a los que están en autoridad e interceder en oración por todas las personas, incluso las que gobiernan, para

que puedan ser salvadas y llegar a conocer la verdad.⁶ Sólo podemos participar en el gobierno y otras instituciones de la sociedad en maneras que no niegan en la práctica el amor y la santidad que Cristo nos enseñó, y no ponen en entredicho nuestra lealtad a Cristo. Testificamos a las naciones cuando constituimos esa «ciudad situada sobre un monte» que muestra el camino de Cristo.⁷ También testificamos al ser embajadores de Cristo,⁸ instando a las naciones (y a todas las personas e instituciones) a adoptar la justicia, la paz y la compasión con todos. Al hacer esto, procuramos el bienestar de la ciudad adonde Dios nos ha enviado.⁹

Entendemos que Cristo, mediante su muerte y resurrección, ha vencido a los poderes, entre ellos, a todos los gobiernos.¹⁰ Puesto que confesamos que Jesucristo ha sido exaltado como Señor de señores, no reconocemos la legitimidad de ninguna otra alegación de autoridad absoluta.

Citas bíblicas:

1. 1 Ped. 2.9.
2. Fil. 3.20; Ef. 2.19.
3. Apoc. 7.9.
4. Rom. 13.1-7.
5. Eze. 28; Dan. 7.8; Apoc. 13.
6. 1 Tim. 2.1-4.
7. Mat. 5.13-16; Isa. 49.6.
8. 2 Cor. 5.20.
9. Jer. 29.7.
10. Col. 2.15.

Artículo 24. El reino de Dios

Nuestra esperanza está puesta en el reino de Dios y su cumplimiento aquel día cuando Cristo, nuestro Señor ascendido, volverá en gloria para juzgar a los vivos y a los muertos. Él reunirá a su iglesia, que vive ya bajo el reinado de Dios conforme al modelo del futuro de Dios. Creemos en la victoria final de Dios, el fin de esta presente era de conflicto entre el bien y el mal, la resurrección de los muertos, y la manifestación de un nuevo cielo y una nueva tierra. Allí el pueblo de Dios reinará juntamente con Cristo en justicia, rectitud y paz.

Creemos que Dios, que creó el universo, lo sigue gobernando con sabiduría, paciencia y justicia, aunque la creación pecadora todavía no ha reconocido el gobierno de Dios. Cuando Israel fue

fiel aclamó a Dios como rey y anheló la plenitud del reino de Dios.¹ Aseveramos que el tiempo de cumplimiento ha empezado con el ministerio, la muerte y la resurrección de Jesús.² Jesús proclamó la proximidad del reino de Dios y a la vez su perfección futura, su efecto sanador y su juicio. En su vida y enseñanza, Jesús demostró que el reino de Dios incluye a los pobres, los marginados, los perseguidos, los que son como niños, y aquellos cuya fe es como un grano de mostaza.³ Sobre este reino, Dios ha designado a Jesucristo como rey y Señor.⁴

Creemos que es vocación de la iglesia vivir ahora conforme al modelo del reinado futuro de Dios. De esta manera nos es dado probar de antemano aquel reino de Dios que un día se establecerá en su plenitud. La iglesia ha de ser una realidad espiritual, social y económica,⁵ que demuestra

ya la justicia, la rectitud, el amor y la paz de la era venidera. La iglesia hace esto por obediencia a su Señor y como anticipo de que el reino de este mundo pasará a ser el reino de nuestro Señor.⁶

Creemos que, así como Dios levantó a Jesús de entre los muertos, nosotros también seremos levantados de entre los muertos.⁷ Cuando Cristo vuelva en gloria para juicio, los muertos saldrán de sus tumbas: «los que hicieron cosas buenas, a resurrección para vida; y los que han practicado cosas malas, a resurrección para condenación».⁸ Los justos resucitarán a una vida eterna con Dios, y los injustos al infierno y la separación de Dios. Así Dios hará justicia con los perseguidos y confirmará la victoria sobre el pecado, la maldad y la mismísima muerte.

Anhelamos la llegada de un cielo nuevo y una tierra nueva, y de una nueva Jerusalén, donde el

pueblo de Dios ya no sufrirá hambre ni sed ni llanto,⁹ sino que cantará alabanzas: «¡Al que está sentado en el trono y al Cordero sea alabanza y honor y gloria y poder por los siglos de los siglos, amén!».¹⁰

Citas bíblicas:

1. Éx. 15.8; Jue. 8.23; Zac. 14.9.
2. Mar. 1.15.
3. Mat. 5.10; 8.10-12; 17.20; 21.31; Luc. 6.20.
4. Sal. 2.7; Mar. 1.11; Fil. 2.9.
5. Hech. 2.41-47.
6. Apoc. 11.15; 15.3-4.
7. 1 Cor. 15.12-58.
8. Juan 5.28-29.
9. Apoc. 21.1-4; 7.9-17.
10. Apoc. 5.13-14.